

la felicidad ideal, son, en cambio, los grandes capitanes de la humanidad; los que en medio de la lucha del Mundo de la realidad, nos guían señalándonos la meta que debemos conquistar. La educación estética y las enseñanzas artísticas se proponen mostrarnos aquellos bellos horizontes, en cuyo fondo se dibuja la felicidad.

No hay, todavía, una doctrina social o política que aspire a organizar los pueblos civilizados atendiendo a la producción de estos dos distintos efectos. No hay una doctrina social que considere que la felicidad humana posible en la Tierra, para ser alcanzada, exige a la vez que un gran bienestar material, lo que implica la reducción del trabajo necesario para la vida orgánica, un gran desarrollo artístico, que obligue a desviar hacia el placer estético todo el sobrante de aquella actividad.

Conseguir el primer efecto sin el segundo, es causa de considerables perturbaciones en la vida social, si aquel exceso sobrante de actividad se aplica forcidamente a la vida orgánica misma, no obstante estar ya plenamente satisfecha. Entonces se desarrollan esos terribles vicios originados por el afán del lujo, por el ansia del placer material, del placer orgánico egoísta, instintivo y fuerte porque deriva directamente de la asimilación, que es el principio básico de la vida. Entonces la raza degenera y el pueblo muere, víctima de su propia superactividad, que no supo dirigir hacia el placer estético.

Sin embargo, no puede ocurrir esto de un modo absoluto, porque el hombre, como ser natural, está influido por aquel principio ideal que impulsa a todos los seres hacia la belleza; y así todos los pueblos han desarrollado un arte, con frecuencia sorprendente y esplendoroso, cuando tras una lucha más o menos dura han llegado a sentirse fuertes, plétóricos de vida. Esta plétora de vida dió lugar muchas veces a manifestaciones artísticas maravillosas; pero, por ello mismo, reduciéndose la actividad para la lucha orgánica, el pueblo se debilitó y

